

-Te podría contar una historia que oí de niño -le dijo a su nieto-, hace mucho tiempo, una vez que mis padres me llevaron a hacer un largo viaje por varios países que están muy lejos de aquí. No la podré olvidar nunca. Era una plazuela muy pequeña y en el fondo había una vieja capilla. Un ciego mostraba a sus oyentes unos cartelones con las principales escenas de la historia, y las explicaba recitando unos versos que me parecieron muy bonitos, pero que ya he olvidado. De la historia misma, en cambio, no me podría olvidar, y aun me parece escuchar la voz cavernosa del ciego que contaba la historia de la princesa Herta, el rey Olaf y el príncipe Heliar.

Miguelito había comenzado a dormirse e hizo esfuerzos desesperados por despertarse para escuchar el relato que le prometía su abuelo; pero apenas pudo conseguirlo y toda la historia la oyó entre dormido y despierto. De todos modos, el abuelo no se preocupaba ya mucho de su oyente. Estaba ahora entusiasmado con la evocación de aquellos recuerdos y el jardín, la luna y hasta el farolito de papel que todavía permanecía encendido lo estimulaban a seguir el hilo de sus pensamientos.

-Una vez -comenzó el abuelo-, ~~había~~ hubo en Ismenia un rey llamado Gaifer. Tenía una sola hija, la princesa Herta, que era muy hermosa; ~~xxx~~ todos admiraban en ella la cabellera rubia bajo la cual brillaban dos ojos verdes como no recuerdo haber visto otros. Yo creo que se parecía a la luna, porque sólo su brillo me parece comparable al brillo de sus ojos. Sí -agrego-, sin duda se parecía a la luna.

Herta era el más grande amor de su padre, acaso porque le recordara a su esposa, que había muerto al nacer la niña, y quizá también porque al rey le hiciera recordar la luna, como me la hace recordar a mí. Por amarla tanto, el rey quería que su hija fuera muy feliz y hacía cuanto podía para que la princesa viera satisfechos todos sus deseos.

Sin embargo, la fortuna debía ser cruel con ella. Herta era la única heredera del trono y tendría que casarse con algún rey poderoso porque así convenía a los intereses del reino. Y había uno, precisamente, que estaba enamorado locamente de ella. ~~Se llamaba Olaf~~ Era Olaf, el rey de Orquenía, célebre por su valor pero también por

por su carácter violento, altanero y cruel: Era el esposo que menos hubiera querido el rey Gaifer para su amada hija. Sin embargo, como sus consejeros opinaban que el matrimonio convenía a los intereses de Ismenia, el rey Gaifer no tuvo más remedio que comunicar a Herta que el rey Olaf la pedía en matrimonio que él había decidido complacerlo.

Herta, que había oído hablar mucho del carácter de Olaf y que, además, odiaba su aspecto de feroz guerrero, lloró amargamente cuando se enteró de que esa era el esposo que su padre le reservaba. Y aunque era una hija sumisa, no vaciló en contestar que antes se daría muerte que consentir en ser su esposa.

No hubo ruego ni orden que pudiera vencer la decisión de la princesa Herta. Encerrada en sus aposentos amenazaba con dejarse morir de hambre ~~o~~ o con arrojarse por la alta ventana si su padre insistía en sus proyectos, y al fin el viejo rey comprendió que no podría lograr nada de ella. Abandonó sus planes, y lleno de temor envió una embajada al rey Olaf para rogarle que desistiera del matrimonio.

Cuando el rey Olaf oyó el mensaje sus ojos se nublaron de ira. Le pareció un insulto y empezó a proferir palabras brutales con una voz amenazadora. Era una voz horrible la del rey Olaf, como cuando el viento se filtra por entre las ramas de los árboles.

En ese momento, una brisa comenzaba a levantarse y se oía el rumor del follaje.

-¿Oyes, Miguelito? Así como este rumor, pero mucho más fuerte y terrible era la voz de Olaf, y el que lo oía una vez cuando estaba furioso no lo podía olvidar ya más. Al principio amenazó al rey de Ismenia con que devastaría sus campos e incendiaría sus castillos. Pero finalmente, cuando le prometieron una indemnización, se calmó y aceptó el rechazo de sus pretensiones. Pero juró vengarse de aquella ofensa, porque algunos de sus cortesanos le habían dicho que la princesa Herta no lo quería y prefería en cambio a un príncipe vasallo de su padre, el joven Heliar.

Efectivamente, la princesa Herta estaba enamorada del príncipe Heliar, y acaso el príncipe también estuviera enamorado de ella. Pero Herta lo ignoraba, y ni siquiera la certidumbre de que el proyectado matrimonio había que-

dato deshecho pudieron devolverle su antigua alegría. Heliar era joven y de espíritu delicado. Le gustaba la poesía y solía recitar acompañándose con el laud, y entonces su voz adquiría una entonación de una ternura incomparable. Su figura esbelta temblaba un poco cuando, ~~salía a recitar~~ en presencia de Herta, recitaba sus versos, como tiembla ese farolito de papel que está colgado en la glorieta. ¿Ves, Miguelito? Era delicado y fino como ese farolito.

Ni él se atrevía a declarar su amor a la princesa, ni la princesa podía alcanzar la certidumbre de que él la amaba. Por eso eran desgraciados los dos, y cuando Herta se acercaba hermosa y brillante como la luna, el príncipe Heliar temblaba como esa farolito y se consumía como si lo quemara su amor.

Ni él ni ella se atrevieron a otra cosa que a mirarse de lejos y a suspirar. Ella se asombraba de que no se atreviera a declararle su amor, y él se resistía a convencerse de que ella pudiera estar enamorada. Y así pasaban los días y los meses, entre miradas y suspiros.

Pero lo que no sabían ninguno de ellos lo supieron todos los que los veían sufrir y atormentarse. La princesa Herta y el príncipe Heliar se aman, decían los cortesanos entre sonrisas; se casarán y serán felices; y hasta el viejo rey Gaifer estaba contento aunque temía el enojo del rey Olaf.

Y no se equivocaba. Cuando el rey Olaf se ~~enteró de que~~ cercioró de que sus cortesanos no lo habían engañado, su sed de venganza se hizo insaciable. Hacía siniestros proyectos para dar muerte a los amantes, y maquinaba cómo podría ser más cruel su venganza. Al fin, un día, resolvió organizar una gran fiesta en su palacio e invitar al rey de Ismenia y a su hija y al príncipe Heliar.

El día de la fiesta todos llegaron con sus más espléndidos vestidos y hallaron en el castillo de Olaf la más suntuosa fiesta que imaginarse pueda. El baile sería maravilloso y el festín de extremada delicadeza; y luego los juglares lucirían sus habilidades para entretener a los visitantes hasta que llegara la hora de retirarse a sus aposentos. Entre todas las damas, Herta se destacaba por su hermosura y sus ojos brillaban como la luna brillante ahora. ¿Oyes, Miguelito? Así brillaban aquella noche los ojos verdes de

la princesa Herta.

Cuando el festín hubo terminado, el rey Olaf llamó a los juglares y les ordenó que cataran. Pero después que se escucharon dos o tres canciones, los mandó retirarse y, dirigiéndose al príncipe Heliar, le pidió que entonara él una de aquellas que más gustaban a la princesa Herta. El príncipe quiso negarse, pero todos los invitados insistieron para que los deleitara con su hermosa voz. Entonces el príncipe Heliar tomó el laud y cantó el romance de la Fuente Clara, que era entre todos el que más gustaba a su amada.

Cuando pronunció las últimas palabras, Herta lloraba dulcemente y Heliar mostraba en sus manos un ligero temblor. También temblaban las manos de Olaf, cegado por el odio. Entonces, dirigiéndose al príncipe, gritó:

-¡Heliar, Heliar...! Callarás para siempre!

Y con la espada que tenía en su flanco le atravesó el pecho mientras lo miraba con unos ojos nublados por el odio.

El príncipe Heliar se incorporó como pudo y, desprendiéndose de los que habían acudido a auxiliarlo, dió dos pasos hacia Herta que lo miraba desparovido, y sintió dulcemente hasta que la muerte lo abatió en tierra. La confusión fué horrible. Olaf miraba con gesto altanero a sus invitados mientras sostenía la espada ensangrentada. Sólo dijo, dirigiéndose al rey Gaifer:

-Era mi enemigo, y ha muerto. Es lo que cumple a un enemigo.

Laego se retiró de la sala y los invitados comenzaron a irse apresuradamente. La princesa Herta estaba desvanecida y fué conducida a un aposento hasta que volviera en sí, para abandonar enseguida aquel castillo horrible. Y cuando la princesa volvió al suyo, se vistió de luto y se recluyó en su cámara sin hacer otra cosa que pensar en el príncipe Heliar, cuya tumba iba a visitar todas las semanas. Pero el rey Olaf no pudo nunca casarse con ella y su malvado amor sólo dió por fruto hacerla desgraciada.

El abuelo dió un profundo suspiro cuando terminó su relato, en el que había mezclado muchos y muy queridos recuerdos de su propia juventud. Miguelito empezó a abrir muy grandes los ojos y se mostraba muy seducido por el relato cuyos episodios habían llegado con variada intensidad a sus oídos según el sueño que lo asaltara en cada instante.

-¿Te gustó, Miguelito? -preguntó el abuelo. El mal no hace sino desenca-

denar la desgracia y envidiar la felicidad ajena. Era muy malo el rey Olaf

-Sí, abuelito -contestó el niño-. La luna era buena y el viento malo.
!Pobre farolito de papel!

-El anciano quedó sorprendido al oír aquellas reflexiones y comprendió que su nieto estaba medio dormido. Entonces lo instó a que fuera a acostarse y lo acompañó hasta su cama esperando que se durmiera.

Miguelito no tardó en conciliar el sueño, pero su imaginación no podía apartar el recuerdo de aquella historia que le había contado el abuelo. Poco a poco empezó a ver el ciego que recitaba ilustrando su relato con las figuras de los cartelones, en una plazuela de un viejo pueblo dominada por una capilla de oscura piedra gris. De pronto, sin poder explicarse cómo, empezó a oír las palabras del romance. Decían así:

El viento amaba a la luna
y ella a un farol de papel
Ved con que saña tan fiera
se vengó el viento cruel

El viento amaba a la luna
y la quería para él
pero la luna no quiso ~~casarse~~
casarse nunca con él.
El viento de invierno helado,
herido por el desdén,
al llegar la primavera:
huyo, jurando volver.
Llegó al fin la primavera:
mejiéndose en un vergel
la luna se halló una noche
con un farol de papel.
Desde esa noche la luna
comenzó a brillar por él
y lloraba si una nube
no se lo dejaba ver.
La luna quería casarse
con el farol de papel.

El farol la contemplaba
sin llegar a comprender
cómo una luna tan luna
pudiera fijarse en él.
Lo confundía su sonrisa,
su luz lo hacía estremecer,
y al verla cruzar el cielo
se sentía desfallecer.
Lleno de melancolía
soñaba el farol aquel
ver a su lado una noche
una luna de papel.
¿Querría quererlo la luna
cuando volviera otra vez?
¿No buscaría al jazminero?
¿Quizá al rosado laurel?
¿No amaría al cisne del lago,
al ruiseñor o al ciprés?
El farol temblaba inquieto
y el fuego lamía su piel.

La luna pasa pausada
por el cielo del vergel,
del arco de la glorieta
cuelga el farol de un cordel.
El farol tiembla y se agita
cuando la ve aprecer:
ni la luna dice nada
ni osa decir nada él.
La ve esconderse en las nubes,
mirar altiva al laurel,
al jazminero y al cisne,
al ruiseñor y al ciprés.

Sólo brillaba la luna,
por el farol de papel.
Si diera un salto hacia el ciel
la luna sería de él.

Más el otoño acechaba
y acechaba el viento cruel.
~~xaxaxaxaxaxaxaxaxaxaxax~~
al ver el amor que nace
se le revuelve la hiel
Quiere vengar sus dolores,
su saña satisfacer,
y quisiera con los dientes
sus corazones roer.
Con sus mil manos quisiera
a los amantes tener.
De pronto los ve delante:
luna y farol de papel.
Un aullido entrecortado
se oyó en el claro vergel,
temblaron el jazminero,
el ruiseñor y el ciprés;
se agitó el cisne en el lago
y se sacudió el laurel.
Poco después, hecho ráfaga,
comenzó el viento a correr
y se detuvo en el linde
del apacible vergel.
El viento cedió un instante;
buscó al farol de papel;
entonces sopló con fuerza
y lo arrancó del cordel.

El farol voló hacia el cielo
hecho un jirón de papel;
la llama que lo encendía
se apagó en un santiamén.
No pensaba en que moría
aquel farol de papel;
en lo alto estaba la luna
y hacia lo alto iba él.
Impulsado por el viento
subía el farol de papel;
de pronto una nube oscura
se interpuso entre ella y él.
¿Era una nube o la muerte
lo que le vedaba ver?
Acaso muerto llegaba
y muerto empezó a caer

El viento aullaba orgulloso
de su terrible poder
con que al dulce amor divino
había podido vencer.
Lloró la luna y lloraron
el ruiseñor y el ciprés,
el cisne y el jazminero
y lloró todo el vergel.

*¿Ved con que saña tan fiera } El viento amaba a la luna
se vengó el viento cruel } y ella a un farol de papel. //*

